

fructuosamente para renacer , vosotros que succumbis bajo el peso de las instituciones humanas y de las doctrinas de la nada ; naciones moribundas , venid á mí ; abandonad esos médicos falsos y engañadores que os prometen la fuerza , y no saben mas que agotar la poca que os queda en convulsiones dolorosas. Venid , apresuraos , mirad que el tiempo insta : cada día la vida se debilita y amortigua en vosotros , gana la corrupcion y se adelanta , la disolucion está para consumarse ; muy pronto ya no seréis mas que un cadáver infecto , venid á mí , y yo os reanimaré : *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis , et ego reficiam vos* ¹.

¹ MATTH., XI. 28.

CAPITULO V.

LO QUE IMPORTA LA RELIGION CON RESPECTO A DIOS.

Supuesto que existe una Religion verdadera , quiero hacer ver cuan injuriosos son á Dios , y delincuentes en el hombre la violacion de sus preceptos , y el menosprecio de sus dogmas.

Arranquémonos y huyamos del imperio de los

sentidos, cerremos los ojos, y apartemos un instante nuestra alma de las impresiones de los objetos exteriores, los cuales llenándola de vanos fantasmas, la apartan de la contemplacion de las realidades intelectuales y la hacen olvidar hasta su propia naturaleza, extraviándola y perdiéndola en el mundo corpóreo, que es la pátria pasagera y fugitiva de las ilusiones que nos engañan sobre nuestro ser verdadero, obligaciones y destino. Comprendamos que los órganos no son el hombre, que la creacion material no es mas que la sombra de una creacion mas noble, que las sociedades de la tierra solo son una imágen débil, una dependencia relativa á nuestro estado presente, de la gran sociedad de todas las inteligencias, cuyo monarca es Dios; sociedad perfecta y eterna, á la cual el hombre debe pertenecer, y pertenece en parte desde aqui bajo, pero en la cual, no se le señalará fija é irrevocablemente su asiento, que en calidad de *ser libre* ha de escoger por sí mismo, hasta tanto que, despojado ya de la librea mortal, habrá dejado de pertenecer á esta sociedad mixta, donde exige el orden sea probado pasageramente. Compren-

damos que esta última sociedad tampoco consiste en la reunion de los cuerpos, y combinacion de intereses materiales; que ella no es sociedad verdadera, sino cuando sus miembros, unidos por leyes relativas á su naturaleza inteligente, obedecen al poder supremo que rige y gobierna todos los seres inteligentes, pues que no existe verdadera sociedad mas que entre las inteligencias; y esta es una de las razones porque la sociedad humana se disuelve, cuando el hombre, materializándose, no pone en la sociedad mas que su cuerpo, su accion y sus necesidades fisicas. Comprendamos finalmente, que si el Criador ha establecido un orden lleno de sabiduría y magestad en la coleccion de los seres materiales, si los ha sometido á leyes propias de su naturaleza y de las cuales pende su conservacion, es un absurdo pensar que no existe un orden determinado por Dios en la sociedad de las inteligencias, abandonadas sin reglas ni leyes á los destinos que se formarian ellas mismas. Esto repugna á la sola y simple luz de la razon. Todo cuanto es y existe está ordenado. La existencia simultánea de muchos seres semejantes encierra en su nocion

la de ciertas relaciones naturales entre estos seres, y por consiguiente la idea de orden; y de aquí nace que destruyendo el orden natural entre los seres, se destruyen los seres mismos.

Para que se conciba mejor todavía la importancia del orden en la sociedad de las inteligencias, y el delito que se comete violándole, es preciso saber que, desde la eternidad, el Ser soberanamente perfecto, amándose á sí con un amor infinito, gozaba en su inmenso reposo de una felicidad ilimitada; y que cuando resolvió crear, no debiendo nada á nadie fuera de sí, pues que nadie existía sino él, no pudo proponerse mas que un fin relativo á sí mismo, es decir, su gloria ó la manifestacion de sus perfecciones infinitas.

Mas, manifestar sus perfecciones, era manifestar su ser, producir fuera de sí, á lo exterior una imágen viva; y el hombre en efecto, fué creado á la imágen y semejanza de Dios. Participando, aunque en un grado finito y limitado, de todo su ser, fué, y tuvo como Dios poder, inteligencia y amor: pudo conocer la verdad,

amar el bien, y realizarlo en el exterior por sus actos.

Y para que esta semejanza con el Ser soberano fuese mas perfecta, quiso Dios que el hombre, concurriendo libremente á sus designios, se hiciese en cierto modo por su propia voluntad, su imágen, arreglando el uso de las facultades con que le habia enriquecido, conforme á las relaciones inmutables ó leyes eternas, que ponen, si me es lícito decirlo así, que ponen orden en Dios mismo.

Le reveló pues cuanto era necesario que conociese de sus leyes; y la Religion, vínculo de union entre Dios y el hombre, como su nombre mismo lo indica, no es otra cosa que esta legislacion sublime é inmortal.

Cualquiera pues que la quebranta degrada al mismo Ser eterno, al menos cuanto está á su alcance, le priva de una parte de su gloria, introduce el desorden en la sociedad de las inteligencias, se rebela contra la autoridad y poder que la gobierna: crimen tan grande, que solo Dios podria no juzgarlo inexpiable.

Mas indispensablemente es necesario que este

crimen ó sea expiado, ó sea castigado; porque así es como, á pesar de la culpable oposicion del hombre, los designios de Dios se cumplen y se restablece el órden. « La pena rectifica el desórden: que se peque es un desórden, mas ser castigado cuando se peca, es la regla. Volveis pues por la pena al órden de que os habeis separado por la falta cometida. Mas pecar impunemente, es lo sumo del desórden: esto sería el desórden, no del hombre que peca, sino de Dios que no castiga. Este desórden nunca se verificará, porque Dios no puede estar desareglado en nada, siendo él mismo la regla. Como esta regla es perfecta, recta perfectamente, y en ningun sentido ni modo torcida, todo lo que no está arreglado y conforme á ella, está quebrado y separado de ella, y sentirá el esfuerzo de la invencible é invariable rectitud de la regla¹. »

Antes pues de alejar de sí desdeñosamente la Religion, aprenda el hombre y procure cono-

¹ BOSSUET. *Méditations sur l'Évangile*, tom. I, pág. 51. edic. en-12.

cerla. El despreciar es fácil, es un deleite que la ignorancia proporciona á poca costa al orgullo: pero importaria mucho, extendiendo la vista algo mas lejos, mirar las consecuencias de este desprecio, y pensar lo que se ha de responder al supremo Legislador, cuando nos pedirá cuenta. No basta reirse, ni está con esto hecho todo: tambien Dios se reirá, dice la Escritura, *irridebit et subsannabit eos*¹. Pero en aquel dia formidable que será el dia de su justicia, la criatura rebelde, contemplando clara y manifestamente el órden que ha violado y herido, y admirándole desesperada, le conocerá de tal modo conforme á su naturaleza, que será para ella menor tormento concurrir y contribuir á él por su suplicio, que turbarle, si posible fuese, por el goce injusto de la felicidad que mereció perder.

¿De qué sirve engañarse? ¿Qué ventaja resulta? ¿Qué vale este corto adormecimiento que se logra solo á fuerza de sofismas que embriagan é infatúan sin convencer, comparado con aquella vigilia terrible que le ha de suceder y á la cual

¹ *Psalm.*, II, 4.

nada ha de seguir eternamente? Sin embargo habrá quien se tranquilice con unos motivos tan frívolos, que me avergüenzo de referirlos. Una criatura soberbia envileciéndose por orgullo, buscará la independencia en el fondo de la baja-za, y lisonjeándose á fuerza de vileza, de escapar de la vista del soberano Ser, intentará atravesar clandestinamente el mundo moral, como esos oscuros vagabundos que la policía no conoce ó desprecia. Hasta en la humildad hipócrita de su lenguaje, se reconoce el espíritu de rebelion y la aversion á la regla. Dice: « Qué es el hombre con respecto á Dios? ¿Cómo ha de poder la criatura ofender al Criador, siendo tan infinita la distancia que los separa? ¿Qué importan al Eterno los homenages estériles, ó los locos insultos de un ser que dura un dia? ¿Qué sus pesamientos, sentimientos y acciones? Débiles mortales, dejad de atribuir al Altísimo vuestras ideas mezquinas. Dios, no lo dudeis, es muy grande para bajarse hasta el hombre, y el hombre muy pequeño para elevarse hasta Dios. »

¡O inteligencia degradada! ¿es esta toda tu excusa? ¿es este el fundamento de tu seguridad

estúpida en el olvido de tus obligaciones? ¡El Ser que te ha criado es muy grande para haberte criado para sí! Es muy perfecto para que se ocupe en la perfeccion de su obra! ¡Dios es muy superior á ti, para irritarse de que tu te prefieras á él, y de que tu voluntad se oponga á su voluntad soberana! ¡Dios es muy sabio para haber establecido ningun orden entre sus criaturas inteligentes, para haberlas prescripto leyes, para exigir que ellas las observen! Al darte el ser te ha dicho: Yo te crío para que me adores, ó para que me ultrajes, como mejor te parezca; para que me ames ó para que me aborrezcas, segun se te antojare; la verdad, el error, el bien, el mal, todo en tí me es indiferente: tu existencia aislada con nada tiene conexion en mis consejos; ¡produccion vil de mis manos, tu no mereces fije en tí mis miradas: ¡quitate de mi vista, sal de mi pensamiento, y el tuyo sea tu ley, tu regla y tu Dios!

Qué cosa tan extraña es desentenderse de toda obligacion para con el Criador, por las mismas razones que prueban mejor, lo uno la importancia de estas obligaciones, y lo otro cuan delincuente se hace el hombre quebrantándolas. Os

negais á adorar á Dios, ¿y por qué? porque es muy grande, muy perfecto, es decir, muy digno de que se le adore. Rehusais obedecer á Dios, ¿y por qué? porque es muy poderoso, muy sabio, es decir, porque tiene muchos derechos á la obediencia. No quereis amar á Dios, ¿y por qué? porque es muy justo, muy santo, muy bueno, quiere decir, muy amable. No; yo no me espanto ya de que teniendo preparadas respuestas tan perentorias, espereis tranquilamente el juicio formidable que decidirá de vuestra suerte eterna.

Buena prueba es de la degradacion original del hombre, que estas extravagancias hallen lugar en su espíritu. Pero aun cuando fuesen otras tantas verdades incontestables, es preciso hacerle ver, que todavía no puede deducir algun motivo sólido, para tranquilizarse en el estado de independencia absoluta en que procura colocarse. Porque la Religion nos enseña, que entre Dios y el hombre hay un Mediador, quereuniendo en sí la naturaleza divina y humana, llena el espacio inmenso que nos separa del Ser primero y da á nuestros homenages unidos con los suyos,

á nuestras obras unidas con las suyas, un valor infinito. Desde luego se desvanecen como sombra todos los pretextos fundados sobre la nada del hombre para dispensarse de tributar á Dios el culto que exige de nosotros. Nuestra natural flaqueza, que parecia desterrarnos para siempre lejos del Ser infinito, sirve tambien para hacernos comprender la enormidad del crimen que cometemos, violando las leyes de una sociedad que ha establecido Dios por caminos tan maravillosos.

Nosotros sabemos, y basta la sola analogía para hacernos juzgar que hay puras inteligencias mas perfectas que el hombre, y miembros, como él, de esta sociedad excelsa cuyo vínculo es el Mediador. Pero no nos es permitido conocer plenamente la vasta gerarquía de los seres espirituales, ni el conjunto de las leyes que los gobiernan. Hay entre ellas algunas únicamente relativas á un estado muy diferente del nuestro, para que Dios haya querido descubrirnoslas. Nos ha repartido la medida precisa y exacta de luces, de que necesitamos en nuestra condicion presente; pero nada mas. Concediendo al hombre todo lo que es necesario para llegar á su fin, le niega

todo lo que solo serviría para satisfacer su vana curiosidad. Porque además de que la fe, para ser meritoria, debe estar mezclada con tinieblas, y parecerse según la expresión del apóstol, á una lámpara que alumbra en un lugar obscuro¹, hay un orden de cononocimientos de que no es capaz nuestra naturaleza aquí abajo, y en los mismos conocimientos á que podemos alcanzar, hay cierto grado de claridad que, lejos de sernos útil, vendría á sernos peligrosísimo, y desconcertaría completamente la economía de los designios de Dios con respecto á nosotros. Nuestra libertad y nuestra misma existencia dependen de esta mezcla de luces y obscuridad. Si concibiésemos toda la grandeza del alma humana, sin descubrir al mismo tiempo las perfecciones infinitamente mas excelsas del soberano Ser, arrebatados sin poderlo resistir de una admiracion desordenada de nosotros mismos, caeríamos al instante por el orgullo, como el ángel rebelde. Y si Dios, descorriendo repentinamente el velo, nos permitiese contemplar una débil parte de su gloria, transpor-

¹ B. PETRI. *Epist. II, 1, 19.*

tada el alma, rompería y quebraría sus órganos, cuya flaqueza no podría resistir la impetuosidad de sentimientos que esta vista excitaria en ella.

Se ve pues que las leyes generales de la Religion se modifican según la naturaleza de los diferentes seres que ella une, y conforme á los diversos estados en que estos seres pueden encontrarse. Así el hombre, que es un ser mixto tiene obligaciones relativas á su doble naturaleza y á su presente condicion; y como él no se conserva, ni sus potencias se desenvuelven sino en el estado de sociedad, Dios tuvo cuidado de establecer una sociedad depositaria de las leyes destinadas á arreglar el uso de estas potencias, ó á poner en orden al hombre todo, tanto por lo que toca á sus pensamientos, como á sus afectos y acciones: sociedad espiritual y visible al mismo tiempo, porque el hombre es espíritu y cuerpo; sociedad una, porque la Religion es una; sociedad universal, porque la Religion es universal; sociedad perpetua, porque la Religion es perpetua; sociedad santa ó perfecta, porque está gobernada por leyes perfectas, bajo la autoridad de un Monarca perfecto.

Cualquiera que se separa de esta sociedad fundada por el Mediador y gobernada por él, no teniendo derecho alguno al beneficio de la mediacion, pierde y está privado de todo derecho de comunicar con Dios. Le usurpa la gloria que queria sacar de los homenajes de su criatura, divinizados por su union con los del Mediador, y se presume y declara muy grande para necesitar de la mediacion del Hombre-Dios para unirse al Ser infinito. Se hace Dios él mismo; oponiendo su razon á la razon divina, que ha juzgado necesaria la encarnacion para establecer esta asombrosa sociedad del hombre y de su Autor. Desecha y desprecia la señal mas brillante de amor que ha podido darle el Todopoderoso. Desdeña sus beneficios, se rebela contra sus voluntades, turba la armonía de la creacion y obliga al Eterno, principio inmutable de todo bien, á ver el mal en el mismo lugar en que habia querido realizar una imágen de sus perfecciones. Aquellos que suponen á Dios insensible á tal ultraje, se han formado una idea de él muy extraña ciertamente. Cuanto mas perfecto es, tanto mas su naturaleza se opone á la indiferencia. Odia so-

beranamente el desórden; lo aborrece tanto como el hombre su destruccion; con la diferencia de que este aborrecimiento en el hombre es un sentimiento ciego y limitado, mientras que el odio del desórden, mandado en Dios y dirigido por su infinita sabiduria, es tan infinito como ella.

Ahora bien, abrazando la Religion todas las leyes á las cuales debe el hombre obedecer, abandonarla, es abandonar de una vez todas las obligaciones; es romper á un tiempo todos los vinculos de la sociedad de las inteligencias, es constituirse en el estado mas completo y horroso de desórden en qué puede ponerse una criatura libre. *El cielo y la tierra pasarán*, antes que un delito tan enorme pueda quedar impune; porque el trastorno de la naturaleza fisica, y la aniquilacion misma del universo, serian un mal infinitamente menor que la violacion de una sola regla de la justicia.

La poca importancia y valor que se aparenta dar á la Religion, proviene de que no se la conoce; y la mayor desgracia es que se cree conocerla, porque se ha oido hablar mucho, por haber hablado mucho cada uno de por sí, sin

tener de ella otra idea que la que se formó por casualidad, bajo el influjo de mil preocupaciones, y de otros tantos intereses opuestos á la verdad como hay de pasiones. Si se comprendiese solamente que la Religión es en el mundo moral el único medio para establecer y conservar el orden, se podría sin duda aborrecerla, como se puede aborrecer á Dios; pero no se despreciaría. No sería menos grave y enorme el delito de aquellos que la quebrantan, pero sería menos insensato y estúpido. Escogerían como el ángel soberbio entre el bien y el mal, con conocimiento. No se extendería la perversión de la voluntad hasta la razón. Espantarían y horrozarían con su audacia desesperada, pero no excitarían esta lástima humillante, que inspira su desden imbecil é insensato.

Sepan pues que Dios, creando al hombre á su imágen, quiere decir, capaz de conocerle, amarle, y de obrar libremente, no habiéndose propuesto otro designio que manifestar sus perfecciones, ha querido que las leyes inmutables de su sabiduría fuesen la regla de estas potencias, ó, ha querido establecer en el hombre, ser

semejante á él, el mismo orden que en sí mismo.

La Religión llena con excelencia este importante fin; y lo primero que hace es poner orden en los pensamientos del hombre, arreglandolos por la ley eterna de la verdad. Ella le enseña á conocerse, á conocer al Mediador que le une á Dios, y á Dios mismo; de manera que posee implícitamente todas las verdades, pues que posee á Dios que es el principio de ellas. No quiere decir esto, que abrazando en un todo al soberano Ser, se pueda formar una noción exenta y libre de obscuridades. Solo á Dios pertenece el conocerse así. Viéndose tal, cual es en sí, y segun todo lo que es, por un solo acto de su poderosa inteligencia, no es para sí mismo mas que un gran pensamiento; y confundiéndose, en algun modo, todas sus perfecciones en la idea inmensa del ser, que es la mas positiva de todas las ideas, el mismo tampoco puede definirse sino por esta sublime afirmación: *Yo soy el que soy.*

Mas por lo mismo que la inteligencia humana es limitada, nada percibe con esta perfecta claridad. Lo que ella ignora obscurece mas ó menos lo que conoce; porque teniendo cada parte

relaciones necesarias con el todo, es preciso conocer el todo para conocer perfectamente la menor de sus partes. De aquí nace que la razon nada comprende plenamente. Una luz débil y vacilante señala apenas ó hace ver algunos contornos, algunos ligeros rasgos de los objetos que considera. En el punto que quiere penetrar la naturaleza íntima, se oponen á sus miradas espesas sombras, y la impelen hácia aquella ignorancia de que pretendia salir. He aquí su condicion tan triste como irremediable, cuando se ve reducida á buscar lo verdadero con sus solas fuerzas. Incapaz de afirmar y de negar, vacilando perpétuamente á gusto de las probabilidades contrarias en el vasto mar de la duda, no será esta ciertamente la que afirmará el pensamiento del hombre, hasta hacerle tan inmóvil é inalterable como el pensamiento de Dios: y sin embargo esto es indispensable, para que nuestra inteligencia sea verdaderamente la imagen de la inteligencia divina, tan infinita en extension como en certeza. ¿Quién acudirá pues al socorro de esta inteligencia débil? ¿Qué mano poderosa la levantará á tal altura? ¿Quién pondrá ¡ó

hombre! en tus labios trémulos aquella palabra que debes pronunciar con igual firmeza y seguridad que Dios mismo: *El es el que es?* Será la Religion: ¿y cómo? No penseis que ella vaya locamente á cargar la razon con el peso de la verdad infinita que no podria soportar. No; pero suplirá con la fe la flaqueza de inteligencia. Despues de haber probado su autoridad divina, mandará al hombre que crea lo que no puede todavia comprender, y pondrá el mismo orden que existe en las ideas de Dios, en sus creencias, que han de ser infinitas en su objeto, y de certeza infinita, pues que se apoyan en un testimonio divino: y como unas mismas verdades son conocidas de todas las inteligencias por una misma fe, hay sociedad entre ellas, y el gran Ser que las ha criado para sí.

El vinculo esencial de esta sociedad es el Mediador, por quien únicamente conocemos á Dios: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo, quisiere revelársele*¹. Nosotros no po-

¹ *Nemo novit Patrem, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare.* MATTH., XI, 27.

driamos encontrar en nosotros mismos esta idea sublime que encierra el infinito. ¿Qué digo yo? No encontramos en nosotros mismos ni una sola verdad; todas nos vienen de fuera; la razón no es otra cosa que la capacidad de recibirlas, reconocerlas y combinarlas; y á causa de nuestra doble naturaleza, es preciso, para que nos sean perceptibles, que ellas se revistan de una forma sensible, que se encarnen, por decirlo así. La palabra viene á ser como el cuerpo, que nos hace visibles las ideas; se borran de nuestro espíritu cuando se borra su expresión. No debemos pues sorprendernos de no conocer á Dios mismo sino por su *Palabra* ó su *Verbo*; ni de que esta *Palabra* inmaterial, queriendo comunicársenos, sin alterar nuestra naturaleza, se haya revestido de ella: *Y el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros*; porque en el orden establecido, era necesario que fuese cuerpo para *hablar* á nuestro entendimiento. La sabiduría eterna sin dejar de ser lo que era, se ha puesto en relación

¹ *Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis. JOAN., I, 14.*

con el hombre, siendo también lo que él es; y la unión de la Divinidad con la humanidad en la persona del Verbo, representa rigurosamente la unión que ha venido á establecer entre Dios y el humano linage. *Yo he venido*, dice el mismo Hombre-Dios, *á traer al mundo la verdad*, ó según la expresión notable del Evangelio, *para darla testimonio*, es decir, no para hacerla comprender al hombre perfectamente, lo que es imposible, sino para declararle cual es ella, y lo que es: *El que ama la verdad me oye*¹. De este modo, ocupando la certeza del testimonio el lugar de la certeza de evidencia, ha podido el hombre, sin mudar de naturaleza, poseer plenamente la verdad infinita; *ha podido hacerse hijo de Dios*, ó entrar en sociedad con él, porque la familia es la imagen y elemento de toda sociedad: y todo esto libremente, porque aun cuando el espíritu no sea libre para rehusar su asenso á la evidencia, la voluntad lo es siempre para *escuchar* ó no un *testimonio*, para admitirle ó desecharle; y así

¹ *Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit vocem meam. JOAN., XVIII, 37.*